

CAPÍTULO IV.

El estoicismo de Alberto Caeiro

La obra de Fernando Pessoa es extensa, confusa e incompleta. Esto la vuelve como una masa deforme y de difícil acceso.

Como ya se ha explicado en la introducción, el análisis que a estas páginas compete es una lectura de *El Guardador de Rebaños* desde el estoicismo¹⁷, partiendo de la idea de que esta doctrina se encuentra asentada en la base de la creación de *El Guardador de Rebaños*. Luis de Souza Rebelo en su ensayo, *Fernando Pessoa y la tradición clásica*, es quien propone ésta línea de análisis. En este ensayo se menciona la importancia de leer e interpretar la obra de Pessoa una vez solucionados los problemas a los que el tipo de obra y el tipo de escritor nos someten.

Con el tiempo, cada vez se conoce más de Pessoa y las dudas que se tenían antes en cuanto a la exégesis de sus textos van aclarándose. El ensayo es de 1978, cuando todavía no se tenía la versión completa de las obras completas de Caeiro; sin embargo, el acercamiento que realiza Souza, está libre de malos entendidos. Intuye que más adelante habrá nuevos lectores del corpus poético de Pessoa con un conocimiento ya no tan confuso como el de los primeros críticos, que les permitiría nuevas alternativas para su análisis e interpretación.

¹⁷ “Escuela filosófica de la antigüedad, fundada por Zenón de Citio (336-264 a. de J.C.). Como enseñaba en Atenas bajo el pórtico de Pecilo, se la llamó filosofía del “pórtico” (*stoa*) o estoicismo. Esta escuela atrajo a algunos espíritus superiores y tuvo especial importancia e influencia en el mundo romano (Séneca, Epicteto o el emperador Marco Aurelio).

El estoicismo busca la felicidad suprema (*ataraxia*) en una actividad constante para vivir en armonía con la naturaleza, es decir, con la virtud, porque la virtud es la ley del universo, ya que éste está compenetrado de Dios y forma con él un ser (*panteísmo*). La virtud dispone al hombre a participar en esa vida universal divina (inexorable evolución del Logos), dentro de la cual debe aceptar, libre y espontáneamente, todos los acontecimientos de su vida (“seguir la naturaleza”) y perfeccionarse para no contrarrestar el ritmo de la vida universal.” (Enciclopedia Barsa ,Tomo VI: 355).

Para el estudio de Pessoa, la obra se dividió en dos: los escritos en prosa y los que están en verso. Luis de Souza comenta que en los primeros análisis críticos, erróneamente se acentuaba una diferencia entre el contenido filosófico de la obra en verso como el de la obra en prosa. Se desvinculaban y se desconocían los hilos que unen estas dos partes. Se ignoraba que eran complementarias:

Aunque no se puede excluir totalmente de la obra de Pessoa lo contradictorio, lo cambiante y lo inconstante, la verdad es que a medida que se va descubriendo el legado del escritor cada vez se torna más claro que su tardía reflexión filosófica aunque fragmentada, es enteramente complementaria de la que a nivel más elevado manifestaba en su poesía. (Souza, en Ordóñez y Escalante, 1988: 193).

Jacinto do Prado Coelho uno de los primeros críticos y estudiosos de la obra de Pessoa, “puntualizó la necesidad de leer al poeta no sólo a través de su obra heterónima sino también a través de su prosa doctrinal.” (en Ordóñez y Escalante, 1988: 195). Esto significa también, que hay dos formas de ver a Pessoa: como poeta y como pensador, pero no por esto su estudio tiene que tomar vertientes opuestas.

Sabemos que Pessoa se describió como: “a poet animated by philosophy, not a philosopher with poetic faculties.” (en Ordoñez, 1991: 59), y su prosa es como el libro que guía a los lectores de su poesía para que pueda ser mejor entendido su pensamiento expresado en poemas:

La ambigüedad, la tensión y lo inaprensible, subyacentes en la voluntad de interrogación filosófica, y que se sitúan en la frontera del problema o problemas abordados, esos los exploraba mejor Fernando Pessoa, en el plano de la poesía,

que –muy bien lo sabía- fue el inicio de la reflexión filosófica , que en una prosa cuyos nexos de discursividad lógica lo habrían de someter a exigencias y limitaciones de rigor analítico. De tal suerte, su poesía y su prosa se complementan y se aclaran recíprocamente en un proyecto literario inconcluso donde, por más alto que sea el aliento poético que lo domina, no por eso se debe ver a lo largo del examen que de ambas se hiciese, ninguna pretensión de valorar el contenido de una en detrimento del de la otra. (Souza, en Ordóñez y Escalante, 1988: 195).

Sus textos en prosa nos ofrecen una fuente de respuestas a las preguntas filosóficas que provoca su poesía. Robert Bréchon¹⁸ también está de acuerdo con esto. En su libro, *Extraño Extranjero*, uno de los más importantes y actualizados estudios sobre Fernando Pessoa, es de 1996, nos dice esto refiriéndose a él :

Para comprenderlo mejor hay que apelar a su propio testimonio, algo que cada vez resulta más fácil gracias a los textos inéditos de Pessoa que se descubren constantemente. (Bréchon, 1999: 86).

Esto significa que su propio testimonio son prácticamente todos sus textos. En ese sentido, es importante saber del escritor que su obra por sí sola se explica a sí misma; para saber también desde el principio que se trata con una obra, inconclusa, fragmentaria y difusa, pero también genial:

La obra en prosa de Pessoa es más abundante que la obra propiamente poética, pero no es, salvo excepciones (como el *Libro del desasosiego* y *Eróstrato*), más

¹⁸ Periodista francés, poeta, ensayista e historiador de la literatura.

que su glosa y también, a menudo, su dimensión. La poesía precede lógica y aún cronológicamente a la prosa. Antes de darse a conocer por sus artículos sobre la poesía de su tiempo, escribió, entre finales de 1909 y mediados de 1912, muchos poemas reveladores de las etapas de su itinerario anterior. (Bréchon, 1999: 158).

El *Libro del desasosiego*, contrario a lo que dice aquí Bréchon, de una manera menos directa que su otra prosa explicativa, también contribuye a la teorización de su poesía.

Muchos de los poemas a los que se refiere la cita anterior, pertenecen a la poesía del heterónimo u semi-heterónimo Alexander Search. Esta etapa de la poesía de Pessoa, es todavía más o menos desconocida. Se espera desde 1985 la publicación de la edición de los poemas de Search. He aquí un poema de ejemplo:

Si no hubiera nacido para lanzarme
más allá de la vida que llevan
todas las gentes que soportan la vida [...]
sería feliz de conocer sólo
la existencia corriente de la gente corriente.

Pero, ay, llevo en mí, en mi corazón,
algo que no puede quietarse ...
Sísifo extenuado, gimo
bajo la roca irónica del mundo.
Yo, el eternamente excluido
de la convivencia y la alegría [...]

Un hogar, un reposo, un hijo, una mujer,

nada de esto es para mí

que reclamo algo más de esta vida [...] (Pessoa, en Bréchon, 1999: 113).

En este poema de 1907 vemos ya el reflejo de uno de los aspectos más marcados en la personalidad de Pessoa. Aunque resulta casi imposible hablar de una personalidad, una de sus facetas más permanentes es la de un excluido, como lo muestra el poema citado.

Pero volviendo con el ensayo de Souza, “toda la concepción del universo, como fenómeno esencialmente objetivo es lo que va a preocupar a Fernando Pessoa.” (Souza, en Ordóñez y Escalante, 1988:197). Esta concepción del universo, según Souza es el eje y el hilo conductor que está en el centro del desarrollo de toda su obra poética. Propone que de la doctrina del estoicismo antiguo es de donde se tiene que partir para analizar la corriente de su pensamiento:

El objetivismo y el sensacionismo de Pessoa se desarrollan y se explican en el dominio de la investigación filosófica y dentro de la problemática del estoicismo antiguo, partiendo, sin embargo, de las tesis avanzadas de los presocráticos.
(Souza, en Ordóñez y Escalante, 1988:207).

Es a través de la poesía que Pessoa se siente más apto para expresar el flujo de sus reflexiones filosóficas. Octavio Paz opina que la obra de Caeiro, principalmente *El Guardador de Rebaños*, es el centro de toda su obra poética, como ya ha sido citado: “Caeiro es el sol y en torno suyo giran Reis, Campos y el mismo Pessoa” (Paz, 1965:145).

Luis de Souza lo sabe y por eso dice:

El conocimiento de la tradición clásica que nutrió el pensamiento neopagano de Pessoa y de sus heterónimos, la definición más adecuada de los referentes culturales que dieron la pauta para la elaboración del sensacionismo, la comprensión de la naturaleza del objetivismo pessoano, imponen una nueva o distinta lectura de la poesía de Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Álvaro de Campos, y hasta del mismo Fernando Pessoa. Tal intento, cuya complejidad no se niega, habrá de ser iniciada para el estudio de *El Cuidador de Rebaños*. (Souza, en Ordóñez y Escalante, 1988: 213).

De tal manera, partiendo de un análisis que propone Luis de Souza, este trabajo trata de acoplar *El Guardador de Rebaños* a la visión del universo estoico, con el fin de seguir una lectura, que, según Souza, promete ser compatible a la corriente del pensamiento pessoano. Y es que como menciona Souza, las ambigüedades que se encuentran en la obra poética de Fernando Pessoa son más presumibles de resolverse o de entenderse a través de una exégesis que analice los textos y su intertextualidad:

Las ambigüedades que en la obra poética se encuentran podrán por tanto, resolverse mucho menos en las especulaciones dialécticas acerca de la poesía de Caeiro y de los otros poemas del Pessoa ortónimo, que en la exégesis que de ellos se haga con base en un análisis experimental de los mismos textos y de su intertextualidad. Porque si la lengua es memoria, es en la memorabilidad del discurso y en el nivel de la expresión y de la cosa expresada que toda subversión deberá darse, haciendo y deshaciendo una escritura que pretende sugerir el sentido de aquello que no dice. (Souza, en Ordóñez y Escalante, 1988: 213).

Lo importante de esto es que, siendo la obra de Pessoa una masa amorfa de difícil acceso, lo que hace Luis de Souza es proponer una introducción, un principio que presente y defina

esta obra multiforme. Tal principio lo encuentra en la obra de Caeiro. Paz, como ya dijimos también, coincide con esto. Quizás Pessoa suponía lo mismo que Paz y Souza sobre el principio de su obra, pues consideraba lo escrito por Caeiro como superior a todo cuanto él había escrito. Esto se fue descubriendo conforme aparecían y aparecían más de sus textos.

Es importante lo anterior, porque sin esta aclaración no se puede comprender el *drama em gente* pessoano; sería como leer en desorden la trama de una novela.. Aunque claro, se puede leer la obra poética de cualquier autor, como se quiera. Pero para captar los hilos que existen entre un heterónimo y otro y que los vuelve una especie de hermanos de logia, es importante saber primero: que el maestro es Alberto Caeiro, es decir, el representante y quizá ícono de toda una gama de ideas y de pensamientos. Como si en Caeiro, el lector pudiera encontrar el mensaje final que aporta al mundo toda la obra de Fernando Pessoa, en ese sentido, Caeiro se mantiene como el sol y como principio generador de todo este universo.

Ahora bien, se ha relacionado muy estrechamente a la filosofía Zen con las ideas que aparecen en la obra de Caeiro; sin embargo, la lectura de los textos críticos de Pessoa y los textos que hacen los heterónimos Reis y Campos explicando la obra de su maestro, llevan al lector, no por rebuscada conjetura, a que el mundo pagano al que se refiere Pessoa pertenece al paganismo grecorromano y no a las corrientes del paganismo de la India. Esta observación es importante porque ver en la figura de Alberto Caeiro, la figura de un monje budista es contrario a lo que apunta la obra de Pessoa.

Existe un paralelismo entre las ideas de Naturaleza y Destino que manejan los estoicos y las que da Alberto Caeiro. Tal parece que entre todas las preguntas y conjeturas que se pueden desprender de estos dos conceptos, es que brillan las imágenes que se recrean en la lectura del *Guardador de Rebaños*. Destino y Naturaleza desprenden de sí

mismos los conceptos de alma, Dios, realidad y tiempo. Estos son los temas que toca todo el tiempo *El Guardador de Rebaños*. Son cuarenta y nueve poemas con un principio y un fin, unidos por un tema conductor: La Naturaleza, es decir todo lo que existe. *El Guardador de Rebaños* visto en su conjunto trata del hombre, de su realidad y de sus sentimientos. El hombre y sus sentimientos se conjugan en su naturaleza y la realidad en la que es insertado el hombre; se conjuga en el destino, es decir en el acontecer del universo constante. De hecho, el tema de la realidad, la angustia que esta causa en el hombre por ser siempre vaga, confusa, irreal, paradójica o brutalmente objetiva es un tema que aparece no sólo en *El Guardador de Rebaños*, sino es un tema constante en toda la poesía de Fernando Pessoa. Los tres principales heterónimos, el Fernando Pessoa ortónimo y el semi-heterónimo Bernardo Soares están obsesionados con la realidad. Los estoicos también, al ser la base de sus doctrinas la realidad circundante, la obsesión por saber qué es la realidad que los rodea los absorbe.

Es verdad que podemos ver en *El Guardador de Rebaños* doctrinas tales como el epicureísmo o algunas doctrinas presocráticas. Sin embargo, lo cierto es que la materia, los cuerpos, la realidad concreta es lo que más observa y seduce al yo poético Alberto Caeiro.

De alguna manera, en la realidad concreta, es también donde se asientan casi todas estas doctrinas antiguas, teniendo como esencia un empirismo que podemos calificar de radical; porque sienta infantilmente sus bases en la sensación.

Creemos por tanto que la esencia del pensamiento de Alberto Caeiro, proviene en su mayoría de las ideas estoicas.

Cuando Pessoa viaja a Durban, Sudáfrica a raíz de la muerte de su padre y de el nuevo matrimonio de su madre, lo encontrará una educación clásica inglesa, de alta

calidad, donde se le obligará a leer y a traducir a Cicerón. Sin duda alguna, en las lecturas de Cicerón, Pessoa se va a enterar de las máximas estoicas; pues es bien sabido que Cicerón en sus múltiples obras no deja de mencionar las enseñanzas de Zenón y Crisipo. Allí pudo haberse visto seducido en un principio para su estudio, o al menos, tener el primer contacto con varias de esas doctrinas. De hecho, se sabe que Pessoa fue un gran conocedor y admirador de la cultura griega. Él mismo dice en sus *Páginas Íntimas y de Auto interpretación*:

Debo mi comprensión de los literatos de *Orpheu* a una lectura reiterada sobre todo de los griegos, que habilitan a quien los sepa leer a no sorprenderse con nada. Desde la Grecia Antigua se ve el mundo entero, tanto el pasado como el futuro, a tal altura se eleva por encima de las cimas de otras civilizaciones su alto pináculo de gloria creadora. (*Teoría poética*, 1985: 205).

Es decir, de los literatos de *Orpheu*, el miembro más importante es Fernando Pessoa, y dado que la obra de este escritor es una obra que se explica paradójicamente a sí misma, lo que nos está diciendo en esta cita Fernando Pessoa es que si se quiere comprender su obra, habrá que ir en principio hasta los griegos. Por eso sabemos que sus conceptos de Naturaleza, Dios, Destino están en cierta medida determinados o influenciados por el pensamiento clásico.

Pessoa con sus heterónimos escribe poéticamente toda una cosmovisión desde varias perspectivas o filosofías distintas, aparentemente contrapuestas, sin embargo intuitivamente conjugadas y enlazadas unas con otras como las moléculas. Todo este conjunto de poesías entablan un diálogo. Su angustia moderna, es decir, la angustia que

trae el desarrollo científico y la falta de fe lo inclinan a situarse de lleno en las filosofías antiguas, para desde allí poder dotar de sentido a su existencia. Alberto Caeiro, quien es su primer heterónimo del *drama* es de una especie de epicureísmo y estoicismo mezclados armónicamente, que dan como resultado la visión de una realidad en consonancia con la naturaleza. Mezcla la conciencia trágica de la vida del hombre que de cierta manera hace manifiesto el epicureísmo y renueva los valores realistas del estoicismo, a partir de que hace un recuento de las cosas de la tierra, resaltando los conceptos estoicos tales como el destino, el hombre, dios, el conocimiento, etc.

Ricardo Reis nos dice que su maestro no es estoicista ni epicureísta, sino solamente un pagano. Pessoa se refiere a Alberto Caeiro como su maestro: “Perdóneme lo absurdo de la frase: había aparecido en mí mi maestro” (*Teoría poética*, 1985: 190) .

Ricardo Reis y Álvaro de Campos no se cansan de referirse a Alberto Caeiro de la misma forma. Ricardo Reis considera la obra de Caeiro como una obra pagana que renueva los ideales y los valores de la antigüedad griega y romana:

La obra de Caeiro representa la reconstrucción integral del paganismo en su esencia absoluta, según los griegos y los romanos que habitaron en él. (Reis, en Pessoa-Caeiro, 2000: 34).

En la poesía del maestro Caeiro se pueden notar básicamente dos tendencias. Una considerada como neopagana y otra como sensacionista. Su poesía se construye bajo un equilibrio de estas dos tendencias de pensamiento. De la mezcla de ambas se obtiene su clasicismo al estilo griego del término. De estas dos tendencias se desprenden Reis y Campos. Campos llevará al exceso las ideas sensacionistas de su maestro y Reis las

paganas, tanto en la forma, a la usanza de Horacio, tanto en el contenido que versa siempre sobre el sentido trágico del hombre que caracteriza a los griegos. Pessoa lo explica en la carta sobre la génesis de sus heterónimos:

Aparecido Alberto Caeiro, traté en seguida de descubrirle –instintiva e inconscientemente- unos discípulos. Arranqué de su falso paganismo (*se refiere a Caeiro*)¹⁹ al Ricardo Reis latente, le descubrí el nombre, y lo ajusté a sí mismo, porque en esa ocasión ya lo veía. Y de repente, y en derivación opuesta a la de Ricardo Reis, me surgió impetuosamente un nuevo individuo. En chorro, y a máquina de escribir, sin interrupción ni correcciones, surgió la *Oda Triunfal* de Álvaro de Campos – la oda con ese nombre y el hombre con el nombre que tiene. (*Obra poética*, 1997: 324).

De tal forma es Ricardo Reis objetivo y Álvaro de Campos subjetivo; el maestro Caeiro se encuentra entre el sabio equilibrio de ambas perspectivas. Sin embargo, es falso el paganismo de Caeiro porque no puede ser totalmente pagano. Pessoa sabe perfectamente que su mente no puede librarse tan fácilmente de siglos de cristianismo, pues piensa que las palabras están cristianizadas. La modernidad en que aparece la obra de Caeiro lo determina como poeta moderno, no obstante, su empirismo que nace del conocimiento del mundo antiguo, nos lleva a estudiarlo desde una relectura de los griegos, con la intención de reconsiderar el verdadero valor primitivo, pero certero de estas doctrinas en sus maneras de generar conocimiento. Esto hace que la modernidad en que aparece esta obra, sea cuestionada y reconsiderada al mismo tiempo. Una modernidad que aleja al hombre de la naturaleza por su angustiante artificialidad y su desarraigo con la tierra, lo sume en

¹⁹ Las cursivas son mías.

un vacío y lo separa del universo, pues al faltar a la naturaleza, el hombre también se falta a sí mismo. La obra de Caeiro en ese sentido, nace como un bálsamo para el mundo moderno, paradójicamente desde la antigüedad.

Paz dice que la mezcla entre epicureísmo y estoicismo también están en Ricardo Reis:

Reis es un ermitaño como Campos es un vagabundo. Su ermita es una filosofía y una forma. La filosofía es una mezcla de estoicismo y epicureismo. (Paz, 1965: 154).

La meta tanto de los estoicos como de los epicúreos era la reconciliación del hombre con la naturaleza. Si bien estas dos escuelas se reconocen por su rivalidad:

Epicuro le pide al hombre que viva conforme a la naturaleza sometiéndose a la sensación, que es para él el criterio de la verdad y del bien: de ahí se deriva un sensualismo y un hedonismo. Zenón, por su parte, nos pide que vivamos conforme a la naturaleza aceptando el orden de los acontecimientos que expresan la voluntad de Dios: el estoicismo se desarrolla como un materialismo y un racionalismo ético. (Brun, 1998: 39).²⁰

Esta distinción entre los estoicos y los epicúreos, nos lleva a pensar, que en efecto, se contraponen por sus perspectivas desde donde miran la realidad, pero que no necesariamente esas diferentes perspectivas no se enlazan, pues los une una meta común: la reconciliación del hombre con la naturaleza. Lo mismo ocurre con las diferentes

²⁰ Traducción de José Blanco Regueira.

perspectivas de Caeiro, de Reis y de Campos. No cabe duda que Caeiro mira al mundo como lo miraban los griegos. Aunque se puede decir con igual facilidad que Ricardo Reis también. Lo miran igual, excepto por una diferencia. Los griegos miraban con inocencia al mundo: la infancia de la civilización. Ricardo Reis y Caeiro, lo miran igual, con inocencia, objetiva y subjetivamente a la vez, pero desde la vida adulta, es decir desde la civilización moderna. Álvaro de Campos dice: “Mi maestro Caeiro no era pagano; era el paganismo”. Octavio Paz escribe: “Yo diría: una idea del paganismo”. Ricardo Reis refiriéndose a su maestro escribe: “¡El gran Pan resucitó!”.

Estas voces nos indican, de alguna u otra manera, que el yo poético de Alberto Caeiro toma sus conceptos de Pessoa el cual los toma a su vez del mundo antiguo. Octavio Paz dice:

Caeiro es todo lo que no es Pessoa y, además, todo lo que no puede ser ningún poeta moderno: el hombre reconciliado con la naturaleza. (Paz, 1965:145).

Esto precisamente es lo que hace de Alberto Caeiro uno de los más importantes poetas de la modernidad. Pues, ¿cómo el hombre de los tiempos modernos puede llegar a entablar una armonía y una reconciliación con la naturaleza? Esta pregunta la responden los versos lacónicos y primitivos de Alberto Caeiro.

No sabemos si los antiguos griegos y romanos estaban reconciliados con la naturaleza, pero sí sabemos que en torno a ese ideal se desenvolvían sus existencias.

La grandeza de Caeiro y por lo que con justa razón se le llama maestro es que es un sabio. Un sabio que solamente podría cobrar vida por medio de la literatura. Para los estoicos:

El sabio, hombre libre que vive según la norma de la razón, es aquel que se dedica al conocimiento de las leyes racionales de la naturaleza o de la historia, los cuales han de permitirle constituir un universo coherente y vivible. (Brun, 1998: 134).

Alberto Caeiro vive en el campo y únicamente se dedica a observar a la naturaleza:

Vivo no cimo dum outeiro
Numa casa caiada e sozinha,
E essa é a minha definição.

Vivo en la cima del monte
En una casa enjalbegada y solitaria
Y esa es mi definición. (*Caeiro*, en Pessoa, 2000: 101).

A esto, Fernando Pessoa se refiere a la biografía que le construyó a Caeiro:

“Caeiro, como he dicho, no tuvo más instrucción que casi ninguna, sólo instrucción primaria; se le murieron pronto el padre y la madre, y se resignó a quedarse en casa viviendo de unas pequeñas rentas.” Por su parte, Reis confirma que Caeiro era “ignorante de la vida y casi ignorante de las letras, sin casi ninguna familiaridad con la cultura”, pero tenía en cambio, “una intuición sobre humana, como las que fundan religiones, pero a la que no le va el nombre de religiosa, porque rechaza toda religión y toda metafísica.” (en Crespo, 2000: 126).

Sabemos que el concepto de metafísica en la época clásica no existía. Aparece según los estudiosos hasta el período que se ha llamado helenismo. Por eso es claro entender por qué en estas palabras de Reis se dice que su maestro Caeiro rechaza toda metafísica. Pues la forma de ver el mundo de este yo poético se para de lleno en las doctrinas clásicas paganas.

Alberto Caeiro es el poeta filósofo que enseñará al hombre moderno, no a hacerse griego o romano, pero sí lo enseñará a volver a llenarse del mismo asombro de los antiguos frente a la naturaleza. De tal forma, Caeiro encarna un mito realizado y no un mito por realizar, el mito del sabio moderno. Comprendemos entonces por qué Pessoa le crea la fecha de su muerte, 1915. Pues para que sea una leyenda tiene que recordarse desde la tumba. Caeiro escribe:

Sei ter o pasmo essencial
Que tem uma criança se, ao nascer,
Reparasse que nascera deveras...
Sinto-me nascido a cada momento
Para a eterna novidade do mundo...

Sé tener el asombro esencial
Que tendría un niño si al nacer
Se diera cuenta que nació de veras...
Siento que nazco a cada momento
A la eterna novedad del mundo...(Caeiro, en Pessoa, 2000: 68).

Los estoicos por el contrario, dicen que el sabio es el que no se asombra con nada, el que acepta la voluntad divina. El que todo lo soporta porque es natural que ocurra lo que ocurra porque todo proviene de la naturaleza. Dicen acerca del niño que es un individuo que no comprende su exterior y hasta que empieza a comprenderlo es que podrá alcanzar la virtud. Mientras tanto, como se asombra de todo, no conoce a la naturaleza y no puede aceptar su voluntad. Por lo que en estos versos es más fácil mirar un epicureísmo, puesto que quien se asombra de todo y nace en todo momento, es quien goza precisamente del instante que vive y acepta la naturaleza. Es el jardín de los epicúreos que es la realidad circundante. El niño que es conciente de su nacimiento, como lo dice Caeiro líneas atrás, no puede ser un niño, puesto que se asombra de lo que no puede tener conciencia de asombrarse. Pero un adulto que nace cada vez a la *eterna novedad de mundo* es un niño grande que se entrega al placer de vivir como en la doctrina de Epicuro. Caeiro en esos versos se entrega al placer del mundo, pero sabiendo que un niño grande es siempre necesariamente un adulto. No obstante, los versos inmediatos del mismo poema dicen:

Creio no mundo como num malmequer,

Porque o vejo. Mas não penso nele

Porque pensar é não compreender...

Creo en el mundo como en una margarita

Porque la veo. Pero no pienso en él

Porque pensar es no comprender.(Caeiro, en Pessoa, 2000:68).

El estoico también cree en el mundo porque lo ve. Lo comprende porque no ve más allá del objeto. Quiéralo o no se asombra ante la realidad. Platón decía que el asombro era una cualidad de los filósofos: “Pertenece en propio al filósofo la disposición a admirarse: no hay otro principio para la filosofía aparte de éste.” (en Brun, 1998:131). La cualidad del sabio estoico es un ideal que resulta imposible llevar a cabo, Epicteto escribe:

Enséñame un estoico, sólo te pido uno. Un estoico, quiero decir un hombre que en la enfermedad sabe ser feliz, que en el peligro o en la agonía sabe ser feliz. Y si no me puedes presentar a ese estoico perfecto y acabado, muéstrame al menos uno que empiece a serlo. No prives a un anciano como yo de ese gran espectáculo, del que confieso no haber podido gozar nunca. (en Brun, 1998:125).

Alberto Caeiro se acerca a este ideal. De hecho explica en *El Guardador de Rebaños*, que escribe del poema XV al XIX estando enfermo y que por eso sus versos son también contrarios a lo que piensa; sin embargo, no excluye la enfermedad de su ser sino la acepta, y porque la acepta permanece feliz, como lo pide Epicteto en la cita anterior:

As quatro canções que seguem
Separam-se de tudo o que eu penso,
Mentem a tudo o que eu sinto,
São do contrário do que eu sou...

Escrevi-as estando doente
E por isso elas são naturais

E concordam com aquilo que sinto,

Las cuatro canciones que siguen
Se apartan de todo lo que pienso,
Mienten a todo lo que siento,
Son lo contrario de lo que soy...

Las escribí estando enfermo
Y por eso son naturales
Y concuerdan con lo que siento... (*Caeiro*, en Pessoa, 2000: 88).

Caeiro en este sentido, resulta ser ese estoico del que habla Epicteto que empieza a serlo:

Procuo despir-me do que aprendi,
Procuo esquecer-me do modo de lembrar que me ensinaram,
E raspar a tinta com que me pintaram os sentidos,
Desencaixotar as minhas emoções verdadeiras,
Desembrulhar-me e ser eu, não Alberto Caeiro,
Mas um animal humano que a Natureza produziu.

Busco desnudarme de lo que aprendí.
Busco olvidarme del modo de recordar que me enseñaron,
Y raspar la pintura con la que me pintaron los sentidos,
Desencajonar mis emociones verdaderas,
Desempacarme y ser yo, no Alberto Caeiro,
Sino un animal humano que la Naturaleza produjo. (*Caeiro*, en Pessoa, 2000: 114).

Sin embargo, Caeiro reconoce una debilidad al acercarse a este ideal. Si su obra es el manual de desaprender y trata de raspar la pintura con que pintaron sus sentidos, los cuales lo acercan a la realidad concreta, reconoce también sus dificultades:

Nem sempre consigo sentir o que sei que devo sentir.

O meu pensamento só muito devagar atravessa o rio a nado

Porque lhe pesa o fato que os homens o fizeram usar

No siempre logro sentir lo que sé que yo debo sentir.

Mi pensamiento sólo muy despacio cruza el río a nado

porque le pesa la ropa que los hombres le hicieron usar. (Caeiro, en Pessoa, 2000: 114).

Caeiro se acerca a ser aquel hombre ideal de sabio de los estoicos a partir de un eclecticismo que lee, seguramente Pessoa, en los textos fragmentarios que quedan del mundo antiguo. Fernando Pessoa en sus textos filosóficos escribe refiriéndose al neopagano:

Lo que cumple al neopagano es hacer todo esto conscientemente. Él admite todas las metafísicas aceptables, exactamente como el pagano aceptaba a todos los dioses en la ancha capacidad de su panteón. No procura él unificar en una metafísica sus ideas filosóficas, sino realizar un eclecticismo que no procura saber la verdad, por creer que todas las filosofías son exactamente verdaderas.

El neopagano se convencerá de que, escribiendo, realiza su sentimiento de la Naturaleza. Según la intensidad de este sentimiento, una u otra debe ser la

metafísica en que se basa. Ciertas horas de la Naturaleza piden una metafísica distinta de las que otras exigen. (en Crespo, 2000: 171).

La angustia de Pessoa era que el mundo ya no le ofrecía respuestas por tenerlas todas allí. El hombre pierde la esperanza y deja de preguntarse sobre su estancia en el universo y se abisma en lo mecánico y en la monotonía. Lo que cumple Caeiro es ser el sabio que se da cuenta de la imposibilidad de ser sabio. Pessoa piensa que tal vez creando en el pensamiento moderno la idea nueva de ver en la realidad lo imaginario, en un mundo que se ha vuelto frío como las máquinas y le ha quitado el sabor mágico a la vida, es que el hombre empezará a tender a aliviar su vacío. No importan ya las verdades de las filosofías, sino saber que el mundo es así, siempre cambiante y siempre real. De allí que Álvaro de Campos escribiera: “Mi maestro Caeiro no era pagano, era el paganismo.”(en Pessoa-Caeiro, 2000: 195).

Se observa claramente en la obra de Pessoa que existe una mezcla de doctrinas antiguas conjugadas en la base de la creación de *El Guardador de Rebaños*. A esto apunta su creador. Que sean necesariamente estoicismo y epicureísmo como tal, no lo sabemos, sin embargo, lo que sí es seguro es que se pueden leer en el texto, como se podrán leer muchas, tantas como se quiera, la imaginación del hombre es grande, y el contenido de la obra de Pessoa también lo es.

Si pensamos en el eterno retorno del que hablan los estoicos, tarde o temprano todo será en el universo para después de purificarse, volver a ser de nuevo. Los estoicos manejaban cuatro elementos que componían el mundo: el fuego, el aire, el agua y la tierra. El principio del universo se origina por un primer movimiento que va del fuego a la tierra. Después, cuando el movimiento haya cesado, es decir, una vez que ya se haya originado

totalmente todo el universo, se ejecutará otro movimiento que irá de la tierra al fuego y que será una conflagración universal que no destruirá todo precisamente, sino que lo regenerará; es decir, pondrá en proceso de purificación a todo el universo para volver a moverse desde el principio. Pessoa usando estos mismos elementos como compositores de todas las cosas, nos dice que Alberto Caeiro es como el fuego:

Los astrólogos atribuyen los efectos que se producen en las cosas a la acción de los cuatro elementos: el fuego, el aire, el agua y la tierra, escondiéndolos y aboliéndolos, y son los amos de este mundo. Otros actúan sobre los hombres como hace el aire, envolviéndolos y ocultándolos mutuamente, y son los amos del más allá. También hay otros que actúan como el agua, embebiendo a los hombres y convirtiéndolos en su propia sustancia; estos son los ideólogos y los filósofos. Otros, finalmente, actúan como el fuego, que quema todo lo que hay de accidental en los hombres para dejarlos reales y desnudos, tal como son en sí mismos, verídicamente: son los libertadores. Caeiro es de esta raza, tuvo este poder. ¿Qué importa que Caeiro venga de mí, si Caeiro es así? (en Bréchon, 1999: 229).

Caeiro es como el fuego, es purificador de todo los filtros que los hombres anteponeamos a la inmensa y objetiva realidad de las cosas. Deja a los hombres reales y desnudos frente a frente con el objeto en sí mismo, en su máxima objetividad, en su capa más exterior. De tal forma que la esencia íntima de las cosas es lo más exterior de las cosas, es decir lo que las cosas son en sí, y nada más. El paganismo de Caeiro se basa precisamente en la creencia absoluta de la realidad concreta de las cosas:

O que nós vemos das coisas são as coisas.

Porque veríamos nós uma coisa se houvesse outra?

Porque é que ver e ouvir seria iludirmo-nos

Se ver e ouvir são ver e ouvir?

O essencial é saber ver,

Saber ver sem estar a pensar,

Saber ver quando se vê,

E nem pensar quando se vê,

Nem ver quando se pensa.

Mas isso (triste de nós que trazemos a alma vestida!),

Isso exige um estudo profundo,

Uma aprendizagem de desaprender

E uma sequestração na liberdade daquele convento

De que os poetas dizem que as estrelas são as freiras eternas

E as flores as penitentes convictas de um só dia,

Mas onde afinal as estrelas não são senão estrelas

Nem as flores senão flores,

Sendo por isso que lhes chamamos estrelas e flores.

Lo que vemos de las cosas son las cosas,

¿Por qué habríamos de ver una cosa si hubiera otra?

¿Por qué ver y oír sería ilusionarnos

Si ver y oír son ver y oír?

Lo esencial es saber ver,

Saber ver sin estar pensando,

Saber cuando se ve.

Y no pensar cuando se ve.

Ni ver cuando se piensa.

Pero eso (¡pobres de nosotros que traemos el alma
arropada!),

Eso exige un estudio profundo,

Un aprendizaje de desaprender

Y un secuestro en la libertad de aquel convento

Del que los poetas dicen que las estrellas son las monjas
eternas

Y las flores las penitentes convictas de un sólo día,

Pero donde al final las estrellas no son sino estrellas

Ni las flores más que flores,

Por eso les llamamos estrellas y flores. (*Caeiro*, en Pessoa, 2000: 96).

La técnica poética de Caeiro para expresar el sentido concreto de las cosas, como lo muestran estos versos es la tautología: *Las estrellas no son sino estrellas ni las flores más que flores*, etc. Pero una tautología provocadora. Realmente como pregunta Caeiro, ¿por qué habríamos de ver otra cosa que no fueran flores si lo que vemos son flores?

La veracidad o la realidad de lo que ve el maestro, es que él desaprendió para aprender a ver sin obstáculos, lo que la naturaleza le ofrece como realidad:

El método de Caeiro –para tomar partido de las cosas- consiste en ponerse frente a ellas, sin que nada se interponga entre éstas y su mirada “azul como el cielo”, cuya perfecta transparencia acepta, como un dato fundamental, su perfecta opacidad. Las cosas no tienen entrañas, se resume en su mirada. Ve un mundo diáfano, sin sombras, sin obstáculos, sin fallas: todo lo contrario del mundo del Pessoa ortónimo, que está hecho de ecos y reflejos donde todo envía a otra cosa y del que sólo se pueden captar signos. El universo de Caeiro es plano, sin hondura, sin significado, pero también sin vacíos de sentido, porque cada cosa significa plenamente y solamente a sí misma. (Bréchon, 1999: 232).

Cuando Alberto Caeiro anhela, cuando ambiciona, desea ser un corderito, o todo un rebaño o *muchos seres felices al mismo tiempo*. Es decir, deshacer su conciencia, perder su individualidad para estar completamente unificado como una parte en el todo que es otra parte. Mas sabe que esa distancia que existe desde el inicio del movimiento de la vida hasta su purificación es infranqueable, y que tal vez sólo en la muerte es que se acortará esa distancia. Caeiro escribe:

Pensar incomoda como andar à chuva

Quando o vento cresce e parece que chove mais.

Não tenho ambições nem desejos.

Ser poeta não é uma ambição minha,

É a minha maneira de estar sozinho.

E se desejo às vezes,

Por imaginar, ser cordeirinho
(Ou ser o rebanho todo
Para andar espalhado por toda a encosta
A ser muita coisa feliz ao mesmo tempo),
É só porque sinto o que escrevo ao pôr-do-sol,
Ou quando uma nuvem passa a mão por cima da luz
E corre um silêncio pela erva fora.

Pensar incomoda como andar bajo la lluvia
Cuando el viento crece y parece que llueve más.

No tengo ambiciones ni deseos.
Ser poeta no es mi ambición.
Es mi manera de estar solo.
Y si deseo a veces,
Por imaginar, ser corderito
(O ser todo el rebaño
Para andar desparramado por toda la ladera
Y ser muchos seres felices al mismo tiempo),
Es sólo porque siento lo que escribo en el crepúsculo,
O cuando una nube pasa la mano por encima de la luz
Y por la yerba corre afuera un silencio.(*Caeiro*, en Pessoa, 2000: 66).

Andar bajo la lluvia es natural al hombre y pensar también lo es. Las dos cosas resultan inevitables. Tarde o temprano cualquier hombre se verá mojado por la lluvia y tarde o temprano pensará. Es decir se volverá un hombre consciente. ¿De qué? De su existencia.

Ese es el ideal estoico y ese es su desgarramiento. Al hacerse consciente el hombre de su existencia aceptará todo lo que existe, se observará dentro del universo y observará su papel en él y, por lo tanto, será lo que es: una expresión de vida en medio de la nada. Podrá identificarse como una individualidad dentro de otra parte más grande que él y estará reconciliado con la naturaleza. Pero esa conciencia de la existencia no deja de ser una incomodidad, como la lluvia, porque apela del hombre la disciplina de la concentración y la responsabilidad de la conciencia, como los estoicos, necesario para la armonía de la individualidad dentro de otras partes.

Dado el caso que con la palabra crepúsculo en el poema anterior, se permita pensar en muerte a partir de que el crepúsculo puede hacernos sentir el fin de algo, la culminación de un día, de un acontecer; Caeiro imagina la muerte como silencio, como un atardecer casi nocturno. Como una *mano nube* que nubla la luz interna del hombre. Pues para Caeiro decir: *siento lo que escribo en el crepúsculo*, significa también *escribo lo que siento en el crepúsculo*. Y lo que siente y escribe, o lo que escribe y lo que siente, siendo fiel a lo que ve, (el crepúsculo) es la declinación del día, la muerte de la tarde, el acontecer de la noche. Pero eso es sólo cuando imagina, porque a Caeiro como a los estoicos les es indiferente lo que no conocen, porque están vivos y existen. El hombre se considera un ser para la muerte, mas no importa; como cree en el eterno retorno, la muerte no significa necesariamente el fin de la vida, sino parte de ella. Caeiro acepta su existencia y por lo tanto acepta a la muerte, no piensa, existe. Pero su existir necesariamente lo hace saber que existe, y por eso ya no es inocente, escribe:

Amar é a eterna inocência,

E a única inocência é não pensar...

Amar es la eterna inocencia

Y la única inocencia es no pensar. (*Caeiro*, en Pessoa, 2000: 69).

El ideal de Caeiro sería como la máxima de Descartes, sólo que al revés: existo luego pienso. No obstante, aún sabiendo eso no puede dejar de estar alejado de la naturaleza, porque todo el tiempo piensa y él quisiera no pensar. Anhela recibir de la realidad directamente todo lo que ésta le ofrece. De este rasgo sensacionista es que se desprende Álvaro de Campos.

El idealismo estoico basado en la observación objetiva de la realidad, es lo que justifica la prosa de los versos de Caeiro. Octavio Paz piensa que:

La máscara de inocencia que nos muestra Caeiro no es la sabiduría: ser sabio es resignarse a saber que no somos inocentes. Pessoa, que lo sabía, estaba más cerca de la sabiduría. (Paz, 1965: 149).

El idealismo de Alberto Caeiro es del mismo orden que el de los estoicos, su inocencia es su objetividad radical, y su angustia está, quizá, en la dificultad de este ideal. Sin duda Octavio Paz tiene razón, es más sabio Pessoa que Alberto Caeiro. Caeiro no leyó a los griegos. Aunque el mismo Pessoa escriba que nunca podrá escribir una obra como la de Caeiro, pues excede sus posibilidades:

Escribí treinta y tantos poemas de un tirón, en una especie de éxtasis cuya naturaleza no conseguiré definir. Fue el día triunfal de mi vida, y nunca podré tener otro así. (*Obra poética*, 1997: 324).

Sea la sabiduría del yo poético Alberto Caeiro o la de Fernando Pessoa, el hecho es que no se puede alcanzar la sabiduría sin perder la inocencia y eso es en gran parte la angustia que recorre constantemente toda la obra de Pessoa. Él mismo escribe:

Quase anónima sorrís

E o sol doura o teu cabelo.

Porque é que, pra ser feliz,

É preciso não sabê-lo?

Casi anónima sonrías

Y el sol te dora el cabello.

¿Por qué para ser feliz hace falta no saberlo? (Pessoa, *Noventa poemas últimos*, 1995: 102).²¹

Antonio Colinas en un artículo: *Pessoa-Caeiro: ¿panteísmo o mística?* también nos habla de la sabiduría que hay en la obra de Pessoa, refiriéndose directamente a los versos de Caeiro :

Pessoa es un literato, pero también es, en algunos apartados de su obra, un sabio, un ser que, inexplicablemente, reúne –esta vez en versos de una enorme simplicidad- un saber esencial. (Colinas, 1990: 72).

Es muy importante la idea de la inocencia perdida. Es parte de los valores que ha perdido la humanidad en su etapa moderna. Desde un punto de vista biográfico, la inconciencia

²¹ Traducción de Ángel Crespo.

que conlleva en sí la inocencia y la conciencia de haberla perdido es en gran parte el motor que hace que se genere la obra de Fernando Pessoa. Esa es la conclusión a la que llega João Gaspar Simões en la biografía que escribe sobre él. Es cierto que hay en muchas partes de la obra poética versos con un total contenido de nostalgia por la infancia perdida; y que en Pessoa se puede traducir que infancia es igual a felicidad. Sin embargo, también se puede apreciar que esta nostalgia por la infancia, es una nostalgia por una infancia ontológica purificadora de todos los obstáculos que nuestra mente interpone entre las cosas y nuestro conocer de ellas. Por eso Caeiro apela a desaprender lo aprendido y por eso Pessoa dice de Caeiro es como el fuego, purificador.

Caeiro es como un sabio estoico, pero un sabio estoico moderno. Su sabiduría radica en su capacidad para captar la naturaleza intrínseca de las cosas. Su fórmula es mantener la visión en todas las realidades que puedan existir, en la capa más exterior a toda realidad. Para él la naturaleza no tiene interior, sólo exterior, sino no sería naturaleza, el misterio oculto de las cosas, no es ningún misterio, las cosas no tienen ningún sentido oculto, las cosas son como son las cosas y nada más. Su modernidad está, obviamente, en su época, en la inocencia que se impone para mirar las cosas y en su angustia por la pérdida de este mundo, pues el hombre hace de toda la realidad solamente un caso abstracto y al hacerlo se excluye del universo por la falsedad. Mas todo es falso y al mismo tiempo real. Todo es abstracto y concreto al mismo tiempo. Esta dicotomía es la que los versos del maestro Caeiro armonizan, y la idea la recupera del gnosticismo clásico de los presocráticos y de los estoicos. La abstracción que hace Caeiro de la realidad es para limpiar de cualquier otra idea, la idea que se tiene de un objeto concreto. Su abstracción se planta de lleno en la objetividad, limpia, pura y concreta de una cosa.

El primer poema de *El Guardador de Rebaños*, empieza con la presentación de un ser que es un guardador de rebaños. Sólo que no de rebaños reales, sino de rebaños del alma:

Eu nunca guardei rebanhos,
Mas é como se os guardasse.
Minha alma é como um pastor,
Conhece o vento e o sol
E anda pela mão das Estações

Yo nunca cuidé rebaños,
Pero es como si los guardara
Mi alma es como un pastor
Conoce el viento y el sol
Y va de la mano de las estaciones. (*Caeiro*, en Pessoa, 2000: 65).

Caeiro se mueve todo el tiempo en los terrenos del alma, que son también los de la naturaleza. Nunca guarda rebaños, *pero es como si los guardara*. De allí es de donde comienza a hablar y de allí es de donde se coloca toda la mirada de su pensamiento. Esto parece opuesto al objetivismo de Caeiro y de los estoicos. Se supone que nada de lo concreto existe en el mundo de las almas, y que nada de lo metafísico existe en el mundo de la realidad. Sin embargo, la lógica estoica y la lógica de Caeiro, no piensan de esa forma. Lo espiritual y lo físico se conjugan y se vuelven una realidad armónica. El hombre al venir al mundo no es desprendido de nada, ni expulsado de un paraíso porque

en él viven intrínsecamente su realidad física y su realidad espiritual. Es la unión de las fuerzas de la ciencia y de las fuerzas del arte. Su llegada al mundo es una continuidad de la generación natural de las cosas del universo. Toda la poesía de Caeiro excluye en principio la metáfora, pero paradójicamente, toda su obra es una gran metáfora:

Sou um guardador de rebanhos.

O rebanho é os meus pensamentos

E os meus pensamentos são todos sensações.

Soy un guardador de rebaños

El rebaño es mis pensamientos

y mis pensamientos son todas sensaciones...(*Caeiro*, en Pessoa, 2000: 84).

El lenguaje se adapta a su visión del mundo. Igual que los estoicos, la metáfora que es la obra de Caeiro, es decir una metáfora del lenguaje, es al mismo tiempo una paradoja que se extiende a considerar la sustancia de Dios dentro de la materia como su modo de ser. Es decir, se es materia concreta y se es divino al mismo tiempo. Caeiro ve en la realidad objetiva la única esencia. Brun dice de los estoicos:

La materia es una, - dicen- que es el substrato de los elementos, no es sino cuerpo y modo de ser de la materia. Se atreven incluso a introducirla en los dioses y dicen finalmente que el mismo Dios es un modo de ser de la materia. (Brun, 1998: 65).

Y Alberto Caeiro escribe:

Mas se Deus é as flores e as árvores
E os montes e sol e o luar,
Então acredito nele,
Então acredito nele a toda a hora,
E a minha vida é toda uma oração e uma missa,
E uma comunhão com os olhos e pelos ouvidos.

Pero si Dios es las flores y los árboles
Y los montes y el sol y el *luar*²²,
Entonces creo en él,
Entonces creo en él a toda hora,
Y mi vida es toda una oración y una misa,
Y una comunión con los ojos y por los oídos. (*Caeiro*, en Pessoa, 2000:74).

Caeiro opina lo mismo que los estoicos. Dios seguramente ha de ser un modo de ser de la materia. La luz de la luna es el ejemplo de esa materia incorpórea y los montes el ejemplo de la materia concreta, de esa forma Dios mana. En la teoría pessoana, los versos del maestro Caeiro nacen antes de ser escritos, de la teoría trascendentalismo panteísta. Pero esta teoría a su vez, en la práctica sólo es posible de llevar a cabo bajo los términos de un sensacionismo objetivo. El trascendentalismo panteísta de Alberto Caeiro y de los estoicos, en la práctica empieza a partir de un sensacionismo. Para Pessoa es sólo a través de las sensaciones que podemos conocer, aunque las sensaciones después se

²² Así aparece en la traducción. Lu en portugués es luna. Luar, por el contexto se entiende como el acontecer de un claro de luna.

intelectualizen. Finalmente, lo único que poseemos, según Pessoa, son nuestras sensaciones.

La poética de Caeiro es la de la sensación. De tal forma la realidad es sensación porque cada individuo a partir de sus sensaciones es que construye su versión de la realidad. Bernardo Soares escribe al respecto un hermoso ejemplo:

La vida es para nosotros lo que concebimos en ella. Para el rústico cuyo campo lo es todo, ese campo es un imperio. Para el César cuyo imperio le parece todavía poco, ese imperio es un campo. El pobre posee un imperio; el grande posee un campo. En verdad, no poseemos más que nuestras propias sensaciones; en ellas, pues, que no en lo que ellas ven, tenemos que fundamentar la realidad de nuestra vida. (Pessoa, *Libro del desasosiego*, 1998 :116).²³

Vemos claramente en la figura de este campesino del que habla Soares la viva imagen de Alberto Caeiro. La imagen de ese pastor que desde su aldea puede ver todo el universo:

Da minha aldeia vejo quanto da terra se pode ver do Universo...
Por isso a minha aldeia é tão grande como outra terra qualquer,
Porque eu sou do tamanho do que vejo
E não do tamanho da minha altura...

Desde mi aldea veo cuanto desde la tierra se puede ver del Universo...
Por eso mi aldea es tan grande como cualquiera otra tierra

²³ Traducción de Ángel Crespo.

Porque soy del tamaño de lo que veo

Y no del tamaño de mi altura... (*Caeiro*, en Pessoa, 2000: 76).

El sensacionismo objetivo de Caeiro, nos va a explicar la idea de realidad y su poética, la cual tiene como influencia a la objetividad de los estoicos. Para poder ver como los estoicos veían al mundo es necesario despojarse de toda la modernidad que el hombre ha ido adquiriendo desde el renacimiento y que se acentúa de manera radical, primero con la revolución francesa en 1789, y en el siglo XX después de la revolución industrial. Es necesario sentir a rienda suelta sin pensar en lo que se siente, captar la objetividad del mundo a partir de la subjetividad objetiva. El pensamiento racionalista, y la experiencia que ha adquirido la ciencia a lo largo de los años, nubla la visión del hombre. No le permiten paradójicamente acercarse a la realidad, puesto que todo queda condicionado a las causas y a los efectos y por lo tanto la sensibilidad espontánea se ve cruelmente inhibida, lo que no permite alcanzar la sencillez de la que habla Alberto Caeiro.

El pensamiento racionalista no permite una visión naturalista y objetiva de la realidad. No le permite al hombre una visión en armonía con la naturaleza como la que filosofaban los estoicos. El hombre moderno lleno de ciencia y de conocimiento olvida el conocimiento fundamental, esencial y simplista del mundo. Ya no ve la realidad sino sólo su realidad científica. Un atardecer ya no es un atardecer sino una imagen cotidiana condicionada a la idea científica de que la tierra gira alrededor del sol cada 24 horas, y cada 365 días la tierra le da la vuelta al sol. Deja de saber, quizá, que la puesta de sol todos los días le recuerda al hombre que es un ser para la muerte. ¿De qué sirve al hombre saber acerca del universo sino puede ver lo que está frente a sus narices como una piedra? Alberto Caeiro a través de sus sensaciones inmediatas no le pregunta más a la naturaleza,

no quiere ni tiene nada que preguntarle, simplemente la acepta como se le presenta a los ojos y al sentimiento inmediato. No pasa sus emociones por sus pensamientos, piensa naturalmente y naturalmente es precisamente lo que siente.

En realidad, ¿qué sabemos del universo? Existe en Júpiter una tormenta de arena del tamaño de la tierra que no ha cesado en millones de años. ¿qué puede significar toda esta materia, todo este espacio y toda esta energía en los humanos?

Nada se sabe, todo se imagina, dice Ricardo Reis, y tiene razón, por lo relativo que resulta todo. El maestro Caeiro sin duda estaría de acuerdo con esa máxima de Ricardo. Pero a su vez, el maestro Caeiro le haría las siguientes observaciones: yo no imagino la piedra, yo toco una piedra y la pongo en la palma de mi mano y sé que existe la piedra y que no la imagino. Eso es ser sensible a la realidad y a la naturaleza. El hombre olvida ver lo que son las cosas en sí y, por lo tanto, deja de vivir en armonía con la naturaleza, lo que lo somete al vacío existencial del que tanto han hablado ya todos los filósofos modernos. Alberto Caeiro trata de reenseñar al hombre a mirar el mundo a través de una idea de la naturaleza que es en germen estoica y en la realidad moderna. Una naturaleza trascendentalista panteísta.

Se ha escuchado muchas veces que el hombre nunca ha vuelto a vivir como en la época helénica y se ha especulado mucho sobre cómo sería la vida en esos tiempos. Sin duda no ha existido mayor esplendor de las ideas como en esa época. No se ha vuelto a aparecer un Platón o un Aristóteles a lo largo de la historia del pensamiento, y sin duda estos pensadores en sí mismos, por su trascendencia son insuperables. El pastor, guardador de rebaños, es un Cristo con ideas paganas. Un hombre simple, sin educación académica que nació con la capacidad de saber mirar el mundo como mira el sol a la tierra. El hombre ni siquiera tiene necesidad de existir sólo existe y ya. Y bajo esos

términos es que Albero Caeiro establece su existencia. Alberto Caeiro no se pregunta por qué es que existe la piedra sólo acepta la existencia de la piedra y las varias existencias de la piedra. Es decir, una piedra tiene peso y volumen diferente a cualquier otra piedra y así es que establece las diferentes realidades. Una silla de madera tiene dos realidades la de ser madera y la de ser silla, pero no va más allá, no le interesa la metafísica.

El mundo actual está cerca de ser una civilización sabia. Ha penetrado en secretos inimaginables del universo. Hacia el interior, a descubierto el mapa genético y el orden y el funcionamiento de los mundos microscópicos, y hacia el exterior ha descubierto que está rodeado de galaxias y ha observado soles a millones y millones de kilómetros de distancia. El hombre moderno es un sabio, pero también el hombre moderno ya no es inocente. A perdido la pureza y la capacidad de asombro. Caeiro incita a recuperar el sentido perdido de la vida del hombre, perdido porque se ha dejado de ver en las cosas lo que las cosas son en sí: realidad cambiante, no dispuesta para que sea cambiada por nosotros, sino únicamente para que sea entendida. De esta forma el hombre sólo se llena del conocimiento de existir, conocimiento que le ofrecen las cosas a sus sentidos a cada instante, mientras ocurre su breve paso por la vida.